



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A ÁFRICA

ALOCUCIÓN DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II EN LA CEREMONIA DE BENDICIÓN DE LA PRIMERA PIEDRA DE LA CATEDRAL DE ABIYÁN

Domingo 11 de mayo de 1980

1. Agradezco sus hermosas palabras, monseñor Bernard Yago, mi querido hermano en el Episcopado, y me uno a su alegría por esta ceremonia litúrgica, ¿Cómo no dejar, en efecto, queridos hermanos y hermanas que me escucháis, que estalle nuestro gozo ante la realidad espiritual así manifestada y cómo no recordar un instante, aquí con vosotros, su significado profundo? Voy a bendecir las primeras piedras de la futura catedral de Abiyán y de una iglesia que será dedicada a Nuestra Señora de África. Ahora bien, la iglesia es la casa de Dios. Sí. toda la vida cristiana está fundada sobre esta realidad sobrenatural tan maravillosa, en la que hay que profundizar y meditar siempre, y que San Juan expresó en esta sencilla frase: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (*Jn 1, 14*). Sí, el Señor nació, sufrió, murió y resucitó para que el cristiano sea realmente hijo de Dios. Esta verdad sobrenatural debe determinar la vida del cristiano siempre y en todas partes. ¿Cómo? Vuelvo a tomar aquí la enseñanza de la primera Carta de San Pedro: "Como Piedras vivas, sois edificados como casa espiritual" (*1 Pe 2, 5*). La Iglesia, la nueva Jerusalén de que hablan la Escritura y la Liturgia, se construye en nuestras vidas, dentro de nosotros.

2. Sin embargo, la iglesia, la casa de Dios no es solamente espiritual. La raíz: humana de nuestras comunidades católicas, como se manifiesta y se expresa en la construcción de iglesias y concretamente de esta catedral. depende estrechamente de la Encarnación, de esa venida de Cristo a nuestra humanidad, del hecho de que Dios se hizo semejante a nosotros y quiso encontrarnos a través de nuestros modos concretos de vivir.

La iglesia es el lugar en que el pueblo cristiano se reúne y es también el lugar donde el Señor

está realmente presente: presente en la celebración de la Santa Misa; presente en el Santo Sacramento. La iglesia es el lugar donde el cristiano nace a la vida divina por el Bautismo, encuentra el perdón de sus faltas por el sacramento de la Reconciliación, entra en comunión con el Señor y con sus hermanos en la Eucaristía.

Por humildes que sean las iglesias que construís, ¡ved cuán grande es la realidad espiritual que manifiestan! ¡Son el signo de la construcción del Reino de Dios, en vosotros, en vuestro país! Y entre todas las iglesias de una diócesis, la catedral, vuestra catedral que bien pronto surgirá aquí, tiene un sentido muy especial. Al igual que la basílica de San Juan de Letrán, catedral del Papa, del Obispo de Roma, es llamada por ese motivo "Madre y cabeza de todas las iglesias", también a la catedral de una diócesis se la llama "madre de las iglesias" de esa diócesis; y ello es así porque es la iglesia del obispo, del jefe de la diócesis, del sucesor de los Apóstoles, a quienes Cristo confió la misión y el cuidado de la evangelización. Debéis amar, por tanto, esta nueva catedral, que quedará dedicada a San Pablo, el Apóstol misionero por excelencia. Amad también a todas vuestras iglesias. Amad a vuestros obispos y a todos los sacerdotes que os hacen nacer y crecer en la vida divina.

3. El engrandecimiento del reino de Dios entre nosotros no se realiza sin dificultades ni esfuerzos. Y no sin dificultades se construyen las iglesias. Yo sé que vosotros las tenéis, pese a las urgencias de toda índole, y sé los sacrificios que hacéis para construir las. Quienes se extrañan de que se construyan templos en lugar de consagrar todos los recursos a la mejora de la vida material, han perdido el sentido de las realidades espirituales; no comprenden el significado de la palabra del Señor: "No sólo de pan vive el hombre" (cf. *Mt* 4, 4). Pero nosotros sabemos muy bien que la iglesia de piedra que se construye con dificultades es el signo de la que se edifica en la comunidad.

Me complace grandemente bendecir también, con la primera piedra de vuestra futura catedral, la de la iglesia que será construida bajo el patrocinio de Nuestra Señora de África.

¡Coincidencia profundamente esclarecedora! De un lado, el Apóstol de las Gentes, que sólo vivió para anunciar el Evangelio y, de otro, la Virgen María que conservaba en su corazón todos los misterios de la vida de su Hijo y que ha seguido siendo, por todos los siglos y para toda la Iglesia, como volveremos a recordar dentro de unos días, el ejemplo de la oración ardiente en la espera de la venida del Espíritu Santo.

Fueron, por tanto, muy profundas las razones espirituales por las que los primeros misioneros venidos a vuestro país consagraron, desde su llegada, el campo de su apostolado al Corazón Inmaculado de María. Ese Corazón es, en efecto, el símbolo de la proximidad divina, del amor de Dios por nuestra pobre humanidad y del que ésta puede rendirle por la fidelidad a su gracia. La devoción de esos misioneros a la Virgen, su confianza en Ella estaban, por tanto, estrechamente ligadas al cumplimiento de su misión apostólica: hacer conocer y amar a Cristo, "nacido de la

Virgen María".

Por eso, venerados hermanos, queridos Hijos y queridas hijas, yo siento una profunda alegría espiritual al renovar, en cierto modo, entre vosotros y en vuestro nombre, el gesto de quienes vinieron, con el corazón lleno de amor por Dios y por sus hermanos de África, a traer el Evangelio de salvación. Confiando África a la Virgen Inmaculada, la ponemos bajo la protección de la Madre del Salvador. ¿Cómo podrá quedar defraudada nuestra esperanza? ¿Cómo dejará de conducirnos Ella a su divino Hijo y hacia la plenitud de su amor, cuando la invoquéis con fervor en esta iglesia y en todas las de vuestro país?

¡Que el Señor os bendiga! ¡Que bendiga a todos los constructores de la Iglesia, espiritual y material! ¡Que dé su gracia y su paz a todos cuantos le buscan y que vendrán a encontrarle en estos edificios sagrados! ¡Amén!